

La tardanza en abandonar la casa paterna

Muchos jóvenes que ya pasaron los 25 prefieren seguir en el hogar familiar antes de lograr la independencia fuera del nido; tres especialistas explican el por qué de un fenómeno de tendencia mundial

María recuerda que cuando tenía 20 años, allá por la década del 70, su mayor ilusión era abandonar la casa paterna y lograr la tan ansiada independencia. Hoy, le cuesta comprender por qué su hijo, que ya se acerca a los 30, prefiere seguir ocupando el mismo cuarto de su niñez y compartir desayunos, almuerzos y cenas con sus padres.

La causa más común en la Argentina es la económica. Los altos índices de desempleo y la dificultad de acceder a ciertos bienes de consumo que trajo consigo la crisis redujo ampliamente las posibilidades de que el joven comience a construir su propia historia lejos de la casa paterna.

Sin embargo, en varios países de Europa, donde la falta de trabajo no golpea tanto como en estos territorios, el fenómeno se repite.

Clarisa Voloschin, profesora de la cátedra de sociología de la infancia y adolescencia de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, señaló a **LA NACION LINE** que las instancias académicas influyen para configurar esta tendencia. "El ingreso a la facultad, entre los 17 y 18 años, daría el pie para la culminación de la adolescencia propiamente dicha y el comienzo de una actividad que lleve al joven a su autonomía. La incorporación de otras unidades académicas como posgrado y el posdoctorado llevó a que una persona recién a los 32 o 33 años esté en condiciones de ser totalmente autónomo respecto a su grupo familiar".

Pero la explicación del fenómeno no se agota aquí. La médica psicoanalista, Delia Grad de Ramos, coordinadora del departamento de familia y pareja de la Asociación Psicoanalítica Argentina, opinó que actualmente existe cierto "interjuego generacional entre padres e hijos de detención del tiempo. Como si ambos quisieran perdurar un poco más como padres de hijos dependientes y como hijos dependientes de esos padres".

Desde el punto de vista psicológico, el paso de la adolescencia a la adultez implica la pérdida de los objetos originarios de amor, los progenitores, y su reemplazo por otros nuevos. Esto provoca mucha angustia en el joven, ya que es muy conflictivo desapegarse de los padres y renunciar a su protección para comenzar a transitar un camino en el que el rumbo depende sólo de uno mismo.

Esta etapa no sólo es complicada para los hijos. La salida del hogar de los retoños también enfrenta a los padres con su propio envejecimiento. "El retener a los hijos por más tiempo en el hogar paterno implica también seguir manteniendo una cierta ilusión de juventud y de tener la casa con chicos pequeños", argumentó la psicóloga especialista en adolescencia Hebe Perrone.

Nuevos padres

El cambio en la concepción de la paternidad también parece haber aportado su granito de arena en la falta de incentivo para lograr la independencia fuera del nido.

Según Perrone, esta flexibilidad en la relación parental crea una situación de mucha inseguridad, pues los jóvenes tienden a tener padres que son más pares, que en el fondo hacen bastante difícil el proceso de maduración afectiva y de crecimiento del joven, que es lo que le permitiría pensar además en una emancipación de su familia.

"Es como una situación tramposa. Los adolescentes comparten la pertenencia del hogar con los padres y eso les crea una situación ilusoria de ser dueños de un espacio, donde ellos consideran que pueden tomar decisiones. Además, el facilitar a los jóvenes que los novios duerman en la casa o que convivan con sus parejas genera una situación de seudo comodidad tramposa que hasta crea un conflicto en la propia pareja, que no termina nunca de definir su constitución como tal".

De esta manera, en vez de crear un vínculo absolutamente discriminado del hogar familiar - ya que la decisión de la convivencia en pareja es el momento en que el joven se diferencia de su familia y crea una estructura más adulta-, se transforma en una relación fraterna donde todos conviven en una casa y eso atenta con la posibilidad del joven de tener su propio lugar y en el futuro un proyecto de familia.

La eterna juventud

Los avances tecnológicos y científicos en materia de medicina prolongaron la expectativa de vida y con ella las distintas etapas de desarrollo del ser humano. Hoy, la adolescencia empieza más temprano y se extiende hasta edades que antes eran consideradas propias de la adultez. Así, algunos especialistas ubican la edad de la madurez entre los 25 y 30 años, aunque coinciden en que depende

de la estructura psíquica de cada mortal.

Estos avances, llevados al plano de la fecundación, cambió fuertemente los tiempos en que las mujeres se embarcan en su primer embarazo. "Los 30 ya no son una edad límite para tener el primer hijo. Las mujeres no se sienten tan urgidas a definir su maternidad como en otras épocas, donde se llamaba primíparas a las madres que primerizas que pasaban los 30. Esto no existe más porque hoy en día la tecnología corrige cualquier problemática". Esta tendencia es muy fuerte en los estratos medios y altos, pero no alcanzan la misma intensidad en los sectores populares, donde las etapas se mantienen similares a las de décadas atrás.

"Las pautas se modificaron, pero mucho más lentamente. Hay un mejoramiento en las condiciones de nutrición, pero la esperanza de vida no es tan larga. Además, está prevaleciendo el embarazo adolescente. El argumento de las madres-nenas es que su bebe es lo único propio que van a tener", explicó Voloschin.

Constanza Longarte
Especial para LA NACION LINE
clongarte@lanacion.com.ar 
